

GLORIAS DE ESPAÑA

ANTONIO GIMBERNAT

Los anatómicos y cirujanos españoles, realizaron durante el siglo XVI tan profundo estudio de esta importantísima parte de las ciencias naturales, que sus escritos, la detallada y minuciosa descripción de sus investigaciones, se tenían en todo el mundo científico como trabajos de gran valimiento.

Luis Colado, Pedro Gimeno, Valverde de Hamusco, Rodríguez de Guevara, Andrés Laguna, Miguel Servet, Lovera de Avila y tantos otros que pudiéramos citar, legaron meritisimas obras en latín y castellano, que ya por la originalidad de sus estudios, por la precisión y claridad de sus descripciones o por la corrección y galanura de su estilo, merecieron el alto honor de ser traducidos a los idiomas de otros países, que sancionaban de esta manera el buen concepto en que se las tenía.

Al esplendor y florecimiento de las ciencias anatómicas quirúrgicas durante el siglo XVI, sucedió durante el siglo siguiente y primera mitad del XVIII, una desgraciada época de abandono, decaimiento, ignorancia y empirismo como nunca jamás se había conocido ni se volvió a conocer en nuestro país.

Los escrúpulos religiosos impusieron la prohibición de disecar ni practicar autopsias; los prejuicios sociales, lanzaron una terrible e injustificada mancha de desprecio sobre la profesión de cirujano; los gobernantes abandonaron de tal modo cuanto con la enseñanza de esta rama del saber tenía relación, que ya podía conceptuarse como muy dichoso, el profesor de cirugía que llegaba a obtener un sueldo mensual superior a cien reales de vellón. Y si esto se refiere a los maestros y a los empecatados cirujanos, de toga o latinos ¿qué no sucedería con aquellos infelices cirujanos romancistas o de ropa corta, educados la mayor parte, de mancebos de barbería, con uno o dos años como máximo de asistencia a los hospitales o titulados en último término por una de aquellas fatales cofradías de San Cosme y San Damián, facultadas para expender tí-

tulos por un plato de lentejas: ¡Asombra pensar la asistencia quirúrgica de aquellos tiempos! Era muy frecuente, y basta con este botón de muestra, el cirujano que no sabía del humano cuerpo otra cosa, sino que el hígado estaba a la derecha, el bazo a la izquierda, y un poco más arriba el corazón.

marchar a la escuela de Montpellier, a pie y sin recursos, y en donde a poco de llegar se captaba la confianza y la protección del gran Leuret, y Antonio de Gimbernat y Arbós, en cuyo honor escribimos este artículo.

A la vez que Virgili y Gimbernat, conseguían

también brillantes triunfos, un gran número de anatómicos y cirujanos catalanes, entre los que citaremos como más significados a Leonardo Galli, a Diego Velasco, a Castelló, a Hysern, a los hermanos Ametlleres, a Rives, a Argullos, etcétera. Por esto, el cronista que no es catalán y ni siquiera oriundo de Cataluña, se puede permitir el recabar para aquella región el honor indiscutible de haber visto nacer en su perimetro los grandes hombres que con su trabajo, voluntad y talento, devolvieron a España el alto puesto que le correspondía ocupar en el concierto científico de mundo entero.

Exponemos esto en pugna con lo dicho por Salvá y Campillo que llegó a escribir, haciéndose eco de habillitas y murmuraciones, que «...el Colegio de Cirugía de Cádiz fué un patrimonio para los parientes de su principal fundador Perchet. El de Barcelona para los de Virgili. El de Madrid para ahijados de Gimbernat y mientras éste lo gobernó solo, costó al Erario más de un millón de reales sin haber

habilitado un solo cirujano para la Nación. A los que no adularon a los sobredichos se les excluían de las cátedras y empleos.» Salvá fué, a todas ces, injusto en sus apreciaciones. Los catalanes tados y otros muchos que hubiéramos podido citar cumplieron sobradamente con su deber en cuan cargos se les confiaron y esto mismo nos releva hacerles un mayor elogio.

El día 17 de Noviembre último se cumplió el primer centenario del fallecimiento de Gimbernat; y ¡ILUSTRACIÓN ESPAÑOLA Y AMERICANA, siempre celosa de honrar la memoria de los grandes hombres se complace en unir la presente crónica al homenaje que le han dedicado sus paisanos.

Antonio de Gimbernat nació en un pueblecito



MEDALLÓN DE GIMBERNAT

EXISTENTE EN EL SALÓN DE ACTOS DEL COLEGIO DE MÉDICOS DE MADRID

Y no eran mucho más afortunados en sapiencia los campanudos médicos latinistas, que aun entre los de más prestigio, los había que sólo tenían habilidad, una torpe habilidad, para mostrar orgullosos su toga, su birrete, su anillo de esmeralda, la frase en latín y el proverbial aforismo.

Esta lamentable situación de la ciencia evolucionó rápidamente hacia el progreso desde mediados del siglo XVIII, siendo dos hijos de la siempre laboriosa Cataluña los que dieron vigoroso impulso al desarrollo y florecimiento de la cirugía; Pedro Virgili, humildísimo campesino de Tarragona, que a los catorce años abandonaba la azada para entrar de enfermero en un hospital, en donde se desarrolló su vocación con tal vehemencia que decidió